que puede hacerse oir de los pecadores que llegaron á tan infeliz extremo. Y llegan estas voces, mis queridos hermanos. Un amigo cerca de otro, un padre con sus hijos, un sacerdote cerca del moribundo, un predicador de la divina palabra, un maestro, ved aquí los agentes de maravillosas conversiones que vemos todos los dias. Dios sabe cómo esa palabra se hace fecunda; salta de los labios, y va á caer en un corazon insensible; ¿cómo este corazon se ablanda? Nadie lo sabe; pero si nó hemos de cerrar los ojos á la luz de la evidencia, si nó hemos de privarnos de los consuelos que nos ofrece la Religion, mientras viva en nosotros la esperanza que tenemos de ser mejores algun dia, hemos de creer firmemente que nó es incurable la enfermedad del pecado; que los mas endurecidos pecadores pueden volver á la gracia, así como los muertos, ya corrompidos en sus sepulcros, pueden volver á la vida.

Por esto deciamos que sea cualquiera la debilidad y postracion á que llega el hombre, puede levantarse de su abatimiento. Nó calculemos nuestras fuerzas, nó pensemos en las dificultades, nó reparemos en las asperezas

del camino, ni pongamos los ojos en la cima de esa montaña, pues no lograriamos otra cosa que llevar el desaliento á nuestro corazon, y sentir apocadas y estenuadas nuestras fuerzas antes de hacer de ellas el primer ensayo. Nó es así como se acometen empresas, para las cuales se necesita decision y arrojo; nó es así como los hombres industriosos y los navegantes hacen fortuna; nó es así como los hombres sábios llegan á la sabiduría, ni los soldados á la victoria, ni los hombres famosos al claro nombre que por sus hechos alcanzaron. Es preciso nó dudar, ni detenerse, ni hacer reflexiones, ni oirse: el orgullo se rebelará contra toda autoridad para inclinarnos á la desobediencia; el amor propio se hará en extremo susceptible para que nos apartemos del camino que la conciencia y la razon, illustrada por el mismo Dios, nos señalan; las pasiones en fin producirán incendios y levantarán llamas que neutralicen y extingan aquellas centellitas del amor divino, que esparcian suave olor en el corazon del hombre antes de renunciar á su señorío para convertirse en esclavo. ¿Porqué nos han de parecer tan poca cosa las dificultades que hallamos en los ca-

minos del mundo, y tan embarazosos y dificiles los caminos del cielo? ¿Es posible que aquí sea todo montañas, y que los montes inaccesibles y escarpados del mundo se nos presenten como apacides llanuras? Todavía nó han retrocedido los ambiciosos ante ninguna dificultad; sus fuerzas se duplican mas bien con los inconvenientes; su voluntad nó desmaya, y el camino erizado de escollos apenas estorba. Se dirá que el amor propio, que el orgullo, nó contradice, antes favorece las pasiones; pero no es así. La verdad es que la ambicion encuentra casi siempre obstáculos que no se vencen con la fuerza, sino con lo que se llama habilidad, y ante semejantes dificultades, se ve que los ambiciosos nó retroceden, sino que insisten, por mas que el amor propio sufra, y muchas veces, aunque se menoscabe la dignidad del hombre. El orgullo, sus pasiones, nó quieren ceder; se ven heridas en lo mas vivo de su susceptibilidad; ya nó es digno, ni decoroso, ni decente el persistir; pero el hombre, llevado de su ambicion, lucha consigo mismo, pelea contra sus mismos sentimientos de honor y de rectitud, y hasta contra sus pasiones mas vehementes;

fuerza su natural, y blando como la cera se acomoda y se amolda á cualquiera forma, con tal que sea la mas apropósito para lograr el fin apetecido. Tímidos, sumisos y aun abyectos se vuelven por esta pasion muchísimos hombres que son naturalmente soberbios, fieros y orgullosos; y los vemos arrastrarse con todo género de humillaciones y bajezas, inclinando sus frentes altaneras, y dando una espresion afable y respetuosa á aquellos ojos que siempre miraron arrogantes.

Convirtamos nuestras fuerzas en la obra de nuestra salud, que ellas serán poderosas, ayudadas con divinos auxilios. Nos importa que sean ineficaces para el mal y activas para el bien: Dios alumbrará el entendimiento, moverá la voluntad é inflamará el corazon en santos amores y purísimos deseos, y todo lo podremos, como dice S. Pablo, en aquel que nos conforta. Para nosotros que conocemos cuál es la voluntad del Señor, sería la desobediencia una aberracion imperdonable. *El servidor que ha conocido la voluntad de su Maestro*, dice el Evangelio, *y que nó ha obrado segun esta voluntad, será fuertemente cas-*

tigado (1). El Señor ha castigado la desobediencia de una manera terrible como se ve en los *Números, Josue*, y otros sagrados libros; y S. Pablo hirió con el anatema á toda la Iglesia de Corinto, porque nó castigó con severidad á un cristiano desobediente. Nó se hacen excepciones; no se excusan las dificultades, que demasiado fáciles somos para suponerlas. Por el contrario, la virtud de la obediencia ha sido recompensada con singulares mercedes. Abraham mereció por ella tener una posteridad numerosa, y ser uno de los ascendientes de Jesucristo; y la Vírgen María mereció ser su Madre. El Verbo eterno empieza la obra de su misericordia infinita, eligiendo por su santuario el seno purísimo de esta doncella: santífica á Juan Bautista, y dá saltos el Precursor encerrado todavía en el claustro materno: Isabel profetiza, y la Vírgen María canta la misericordia del Señor con un cántico de sublimes alabanzas que sirve de introduccion al Nuevo Testamento.

Inspirémonos en este ejemplo, Señores. Aquella fiel observancia de la voluntad del Señor es un llamamiento de la Vírgen María,

(1) Luc. XII, 47.

y no deberiamos hacernos ni sordos ni rebeldes. Corramos tras el olor de sus preciosos ungüentos, y nó pongamos dilaciones ni treguas. El conformarnos al Evangelio exije de nosotros la entrega de nuestro corazon, el sacrificio de nuestros deseos, la sumision de nuestra voluntad, una adhesion completa y sincera de nosotros mismos. ¿Porqué desesperar de nuestra salvacion si conocemos todos los peligros y deseamos salvarnos? Seamos fieles al Señor, y esperémoslo todo de su misericordia. Él hará que se vuelvan poderosas nuestras fuerzas, hasta ahora tan flacas y ruines. Nó es nuestra suerte tan infeliz como la de aquellas ciudades cuyo exterminio anunciaban los Profetas, y nó obstante su perversidad y obstinacion, el Dios de misericordia enviaba á la soberbia Babilonia por medio de Jeremias, remedios eficaces para que pudiera sanar (1). Sin su terquedad y obstinacion, hubiera sanado; porque dice el Profeta: *Nosotros hemos dado remedios y medicinas á Babilonia; ella no se ha curado; abandonémosla* (2). Ahora no es imposible nuestra

(1) Jerem. LI, 8.
(2) Jerem. LI, 9

salud, sean cualesquiera las dificultades que nos imaginemos. « ¿Dónde están los que nos dicen, exclama Origenes, que en ciertas circunstancias la salud viene á ser imposible, nó quedándonos otro recurso que la desesperacion? (1) » Pero podremos llegar á tan doloroso extremo desoyendo los consejos del Evangelio, cerrando los ojos á los ejemplos que nos presentan toda una doctrina en lecciones prácticas, y contentándonos con decir apropósito de nuestra salvacion : « Yo quiero salvarme, pero nó puedo; nó tengo fuerzas; nó hallo mas que inconvenientes; Dios verá lo que ha de hacer de mí. ¿Para qué me ha dado pasiones tan poderosas? El mundo está bajo la ley del pecado. No hay auxilios ni remedios. La desesperacion es el único recurso, el recurso inevitable á nó ser que convenga tomar el partido de abandonarse á todo evento, como quien vive olvidado de sí. »

¿Puede el hombre venir á tal extremo, que desespere de sus fuerzas, que pierda de tal manera su fé y su esperanza en la Providencia hasta el punto de creerse abandonado de Dios como parece estarlo de sí mismo? ¿Nó tendrá

(1) Homilia in Jerem.

ya ni una mano amiga que lo levante, ni una fuerza que lo proteja, ni un gemido de compasion que responda al suyo? ¡Cuánta desolacion!

Señores, en este caso ya no hay nada que hacer. Los angeles que velan por nuestra salud, los que nos dirijen y enseñan, se retiran de nosotros y perecemos. Nos despojan de las saetas, arcos y aljabas que teniamos para pelear las batallas del Señor, y quedamos tendidos en el suelo como niños que no pueden moverse. Se llevan á otras tierras las resinas y aromas que trajeron para sanarnos y confortarnos, y quedamos muriendo como infermos desahuciados por el médico. Huyamos el destino funesto del pecador, mis queridos hermanos. Es muy justo, Dios mio, que á medida que los crímenes acrecen, crezca la condenacion; que las penas se aumenten en proporcion de los vicios, y que la gracia se disminuya en proporcion de nuestra resistencia á los divinos mandatos. Tened compasion de nosotros, Señor : mirad á nuestra flaqueza, y nó á nuestras iniquidades; nó os canseis de usar de misericordia con los pecadores, para que nó digan retirándose de nosotros los angeles que pusisteis al cuidado de

nuestras almas: *vámonos, ya no hay remedio que poner por obra; no hay bálsamo que aplicar á sus heridas; está echada su suerte, y su juicio ha llegado hasta los cielos* (1). Así sea (2).

(1) Jerem. LI, 9.

(2) Orígenes, S. Ambrosio, S. Juan Crisostomo y el venerable Beda, sacan ventaja en sus homilias sobre el texto citado de S. Lucas, á otros expositores. El tema de Orígenes en la primera homilia es la humildad: *Meliores ad deteriores veniunt.... Salvator venit ad Joannem.... Maria.... ad Elisabeth*, etc. En la segunda elije por tema las profecías: *Ante Joannem prophetat Elisabeth, ante ortum Domini.... prophetat Maria*, etc. Los que gusten ver tratado este asunto con gran sutileza de ingenio, con argumentos especiosos que caen con sencilla y graciosa naturalidad en el cuerpo de una demostracion vigorosa, pueden ver la homilia cuarenta y nueve de S. Juan Crisostomo: *Ex espositione in Genesim de sterilium partu fidem adstruente partui Virginali.*

PURIFICACION

DE LA VÍRGEN MARÍA.

Postquàm impleti sunt dies Purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. (LUC., CAP. II, v. 22.)

Pasado el tiempo de la Purificacion de María, segun la ley de Moisés, ellos llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarlo al Señor.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Sin analizar los términos de la ley dada por Dios á Moisés en que se prescribía, que pasados los dias de la purificacion, toda mujer israelita ofreciera al Señor su hijo primogénito en memoria de los primogénitos egipcios que mató el Señor con la espada de un Angel, se conoce que nó correspondía de manera al-